

## RECEPCIÓN DE M. DUMAS, HIJO,

EN LA ACADEMIA FRANCESA

**M**onsieur Dumas ocupa en nuestra literatura un amplio puesto, cuya importancia han aumentado las circunstancias. En el extranjero, sobre todo, se le considera como la expresión del genio francés moderno, en cuanto éste tiene de distinguido y de audaz. Hay en ello un error fácil de explicar. M. Dumas no es artista, es decir, no se cuida de la curiosidad del estilo, y, por otra parte, su talento es burgués, puesto que sus producciones se adaptan perfectamente al gusto de la mayoría de los lectores y de los espectadores; esto, sobre todo, explica los extraordinarios éxitos de este escritor, que tiene la audacia estrictamente necesaria para que parezca que tiene mucha, sin que sea

tanta, sin embargo, que llegue nunca á escandalizar al público. Es mediano en todo, aun en lo que parece que la originalidad rebosa, y en esto consiste su gran secreto; parecer original y no serlo, es el triunfo.

Lo dicho merece una explicación.

He afirmado que M. Dumas no es artista, y, en efecto, carece de la frase oportuna, del adjetivo pintoresco y de la imagen viva, que bruscamente evoca un personaje ó un paisaje. Su pluma es pesada y se enreda en los más enojosos giros de la lengua. Sus frases son largas, están erizadas de *ques* y de *cuyos* y anegadas en inútiles incidentes. Nada hay que más exaspere, que oír tratarle de gran escritor, pues al contrario, como escritor es como peca. El ha dado la norma á las críticas de los periódicos de menor cuantía con el tono doctoral que imprime á cuanto escribe; ha lanzado «frases» paradójicas, cuyo estilo ha extasiado al vulgo y esto ha bastado, mas nadie se ha ocupado de estudiar una página suya, bajo el punto de vista del estilo.

He añadido que su talento era burgués, y que sus pretendidas audacias no pasaban los límites de lo indispensable, para hacer que se

agrupara la gente, sin que en los grupos tuvieran que intervenir los agentes de policía. En Francia basta anunciar cualquier cosa extraordinaria, para que todo el mundo dé por visto lo que el anuncio prometía y se retire encantados del espectáculo. Conozco á un novelista que engolosina á los compradores, haciendo circular el rumor de que su último volumen contiene cuadros de asunto bastante espinoso; los cuadros en cuestión brillan por su ausencia, mas no por ello el tomo deja de alcanzar veinte ediciones. M. Dumas, indudablemente no se dedica á semejante tráfico, mas en torno de él háse formado una leyenda de audacia que le presenta como autor, que sin reparo escudriña el cadaver humano hasta las entrañas. Semejante leyenda tienta, naturalmente, á los curiosos que se entusiasman tanto más, cuanto que si bien en cualquier obra del referido autor únicamente hallan tesis moralísimas; toda la audacia de éste consiste en algunas expresiones un tanto crudas, que se notan en medio de la pesadez de las frases. A esto hay que añadir su manera de resolver los problemas sociales con frases de efecto y expedientes de autor dramático.

M. Dumas no sospecha siquiera que el verdadero atrevimiento, en literatura, consiste en presentar la naturaleza humana tal cual es, y estudiarla pacientemente sin encerrarla en el estrecho molde de una utopía. El, como un pontífice, comenta la Biblia, habla de la mujer como hablaría de una máquina cuyos engranajes puede cualquiera cambiar á su gusto, y profetiza, y corta, y condimenta la naturaleza con la más extraña salsa filosófica que es posible gustar. Su « ¡mátala! » es notable. Después que el autor ha escrito treinta páginas apocalípticas sobre la mujer adúltera, le grita al marido engañado: « ¡mátala! » El escritor está pintado de cuerpo entero en esta exclamación, tan preparada de antemano y tan falsa, tan injusta y tan poco digna de un verdadero doctor en ciencias sociales, como diría Balzac. Un novelista, un dramaturgo, no debe matar á las mujeres, ni aun á las más culpables, sino estudiarlas.

El peor mal que en estos momentos tenemos en Francia, es el carecer de crítica; Sainte-Beuve ha sido el último juez autorizado que ha hecho y deshecho reputaciones. Muchas personas se meten á hablar de literatura,

porque es preciso llenar los periódicos; pero los artículos que nos ofrecen no son sino anuncios más ó menos desleídos. Esto explica las enormes proporciones que ha adquirido la personalidad de M. Dumas, si bien es cierto que hoy ya empieza alguien á sonreír y á encogerse de hombros cuando él vuelve la espalda. Sé que hay salones en los cuales se le trata muy bien, y no ignoro que goza de tal celebridad, que sus colegas no se atreven á atacarle por temor á que se les tache de envidiosos. Las cosas han llegado al punto que un editor, al hacer una nueva edición de *Manon Lescaut*, pidió á M. Dumas que escribiese el prólogo, y luego tuvo á bien poner su retrato al frente de la obra del abate Prévost. Ahora se dice que él mismo escribirá otro prólogo para la *Imitación de Cristo*; ¿pondrán también su retrato en la portada?

Si yo no tratara de conseguir que en el extranjero se rindiere admiración más justa á un grupo de escritores que son mucho menos ruidosos que M. Dumas, mi trabajo sería indudablemente poco patriótico. Hablo de los que forman parte de la escuela naturalista, que procede de Balzac, tales como M. Flau-

bert y MM. de Goncourt, en cuyas obras es en donde se puede hallar el genio francés moderno, apasionado por el análisis y cuidadoso de la verdad y del estilo. He oído decir que en Rusia se aclama á M. Dumas, y que á penas son conocidas las obras *Madama Bovary*, de M. Flaubert, y *Germinia Lacerteux*, de MM. de Goncourt. Esto, en verdad, es humillante para un francés, porque á ser cierto, los rusos no conocerían de nuestra literatura moderna más que la parte mediocre. Tenemos escritores originales y de verdadero atrevimiento que merecen todos los elogios que tan liberalmente se le han tributado á M. Dumas; pero es lo cierto que el público no los hace objeto de su entusiasmo. Tales autores son demasiado enérgicos y harto verdaderos y terribles en la magistral disección que hacen del cadáver humano. Además, comprendo que los extranjeros no les conocen, porque rara vez encontrarán sus nombres en nuestros periódicos callejeros que tan devotos son de las modas del día.

De cualquier manera, el ingreso de M. Dumas en la Academia ha sido un grato acontecimiento, pues sea cual fuere el lugar que le

corresponda en nuestra literatura, este escritor no deja de ser para la mayor parte de las gentes un talento moderno que se atreve á todo. Por lo tanto, el naturalismo, la escuela moderna sucesora del romanticismo penetraba con él en el templo de la tradición, y bajo este punto de vista la solemnidad pública de la recepción ofrecía un vivo interés.

Varias circunstancias concurrían para aumentar este interés. El padre de M. Dumas, el gran Dumas, no forma parte de la Academia á cuyas puertas, empero, tuvo varias veces la tentación de llamar, aunque de antemano sabía cómo los miembros de la grave corporación calificaban su vida alegre y desarreglada, y que por lo tanto le negarían políticamente el ingreso. Dumas padre, en efecto, era aficionado á aventuras, vivía rodeado de enormes deudas, gastaba en extraordinarias empresas los millones que ganaba, y trabajaba y gozaba teniendo siempre en los labios la franca sonrisa de un gigante satisfecho. El genio de este hombre desbordaba, y su imaginación era tan poderosa como jamás se ha visto en escritor alguno en ninguna época literaria. Su figura es la de un coloso de oro y bronce con los piés de arcilla.

Se comprende que semejante modo de ser aterrorizara á los tranquilos ancianos que dormitaban muellemente reclinados en sus sillones de inmortales. M. Dumas, hijo, por el contrario, debía gustarles. Es tan frío y calculador como su padre fué ardiente y pródigo, y ha guardado bajo llave, en una caja de caudales su talento, del cual cada dos ó tres años, á lo sumo, da á luz algunas páginas. Por otra parte, no ha malgastado los mejores años de la vida; se ha casado, ha hecho fortuna, se acuesta metódicamente á las diez de la noche y colecciona cuadros y objetos de arte; así es que le ha bastado presentarse en la puerta de la Academia para que le recibieran con los brazos abiertos. Quizá la Academia haya querido aprovechar la ocasión para honrar indirectamente al gran Dumas; acaso haya acogido en su seno al hijo para dejar que con él entrara el nombre del padre. De todas maneras, la curiosidad ha sido grande, porque todo el mundo esperaba así á M. Dumas reclamando en alta voz una parte de su sillón para el ilustre muerto.

Debo decir, puesto que hablo de la singularidad de las elecciones en la Academia, que ésta se encuentra con frecuencia en situacio-

nes embarazosas. Tal corporación, que se compone de hombres de mundo, prelados, profesores, oradores, y aun de algunos escritores, vive de la tradición y sin suicidarse no podría abrir sus puertas impunemente á todos los hombres de ingenio. Esto explica que no ingresaran en ella Molière, Balzac y Michelet, y también que Víctor Hugo, á pesar de ser académico, no haya puesto los piés en aquel Instituto desde hace veinticinco años. La Academia no tolera en su seno el elemento puramente literario más que en muy pequeñas proporciones y de modo que no pueda predominar y tener mayoría; las elecciones allí son políticas. M. Guizot era quien últimamente dictaba leyes, y con esto se consolaba de haber perdido el poder, pues podía creer que aún gobernaba un mundo entero. De tarde en tarde siquiera es necesario permitir que un escritor entre en el número de los inmortales, pues el teatro, la novela y la poesía deben tener entre ellos su representación. La situación embarazosa de la Academia empieza cuando uno de los sillones raros que están destinados á las letras queda vacante. ¿Dónde hallar un escritor cuyo talento sea bastante para justificar el honor que

se le dispensa y no produzca, sin embargo, tanto ruido que desagrade á sus colegas? Las condiciones, que para el caso constituyen el bello ideal son mucha honradez y alguna mediocridad. Ciertos nombres, empero, se imponen á veces; esto ha acontecido con el de M. Dumas. La elección debía recaer sobre un autor dramático, y no era posible dejar de acudir á él, con tanto mayor motivo, cuanto que, lo repito, es mucho menos espantoso de lo que parece. Este escritor se ha lanzado hace algún tiempo al misticismo y ha hecho profesión de fe. La Academia, por lo tanto, ha contentado en esta ocasión al público y ha hecho que realizaba un acto de valor aunque sabía perfectamente que no era un lobo el que dejaba entrar en el redil.

M. Dumas es maestro en el teatro. No me gusta su lenguaje, su manera ficticia, ni las tiradas de efecto que pone en boca de sus personajes y que á través del papel que éstos representan, dejan ver continuamente el espíritu del autor; mas no por ello dejo de reconocer que es uno de los raros escritores dramáticos que tenemos, de verdadero mérito. Sus principios hacían esperar más de lo que al fin

ha realizado. El terrible predicador que aparece en sus últimos dramas, aún no se indicaba en sus primeras obras. El furor que hoy tiene por el mejoramiento de la raza humana, empezó á declararse en el *Demi-Monde*, y desde entonces el mal ha ido en aumento, pues la creencia que el referido escritor tenía de llenar una misión se ha convertido en idea fija. Si alguien le dijese que las mujeres de este siglo no le deben algo de su virtud, seguramente le desagradaría. En M. Dumas, el iluminado eclipsa al autor dramático. Con frecuencia he lamentado que un espíritu tan práctico adolezca de tendencia tan enojosa, porque, lo repito, el escritor reúne verdaderas dotes, tiene gran habilidad y conoce perfectamente el teatro. Algunas de sus obras son de maravillosa precisión. El calcula los menores efectos, no de la manera limitada que lo hacía Scribe, sino con una sencillez y una amplitud de medios dignos de encomio. He visto aun á sus propios adversarios salir entusiasmados de los estrenos. El primer sentimiento que sus obras despiertan es la admiración hacia el hombre que sabe imponer, merced á la óptica de la escena, situaciones y personajes

que distan mucho de lo real, y que, sin embargo, el teatro en masa aplaude por verdaderos, pues la reflexión fría no tiene lugar hasta después que se ha visto la representación. Este prodigio se verificó, por ejemplo, la noche del estreno de *Monsieur Alfonso*; el público puso la obra por las nubes, y las gentes emocionadas, se abrazaban en los pasillos del teatro; pero al día siguiente, por todas partes se oían objeciones; ninguno de los personajes parecía ya verdadero y la obra caía desmenuzada.

La Academia, pues, ha recibido en su seno, con justicia, al autor dramático. Este acontecimiento, como ya he tratado de explicar, había despertado la curiosidad del público literato; así fué que el jueves 11 de Febrero, desde las once de la mañana, la gente formaba cola en la puerta del Instituto. Las recepciones ordinariamente se verifican en familia, ante un público especial, compuesto de viejas damas y viejos caballeros, ligados á los señores de la Academia con vínculos de parentesco más ó menos lejanos; mas esta vez, todo el gran mundo ha concurrido. Allí estaban la princesa Matilde, los príncipes de Orleans

y muchos generales y ministros. Mlle. Croissette, de la Comedia Francesa, produjo grata impresión en el público, presentándose con un precioso sombrero blanco; las severas bóvedas del palacio Mazarino no tienen el gusto de cobijar á diario á tan lindas personas. El público que había entrado á las doce, tuvo que esperar hasta la una. En las tribunas había tal aglomeración de gente que una señora cayó medio sofocada. Nada más curioso que aquella estrecha sala, en la cual los hujieres iban colocando doble número de personas que puede contener, poniendo sillas y taburetes para hacer que las señoras se sentaran en todas partes; entre los escaños, los pasillos y al pié mismo de la mesa. El local se llenaba rápidamente, y pronto se convirtió la concurrencia en una compacta masa, en la que no era posible hacer un movimiento ni para sacar el pañuelo del bolsillo; si alguien se aburría no tenía más que dormirse, porque podía estar seguro de no caer.

A la una en punto se presentó la Academia. Primeramente entraron los señores que componían la mesa, M. d'Haussonville, M. Patú y M. Rousset, después el recipiendario

M. Dumas, acompañado de sus padrinos M. Camilo Doucet y M. Legouvé. Los seis llevaban el uniforme de académicos, la casaca verde oscura con las hojas de encina representadas en ancho bordado de seda verde claro, traje que, á decir verdad, me parece bastante sombrío, pues el último de nuestros sub-prefectos está mucho más vistoso con su uniforme galoneado de plata. Detrás de los mencionados señores aparecieron los miembros de la docta corporación, quién con levita, quién con gabán, unos con su pañuelo de seda rodeado al cuello, otros completamente escondidos detrás de inmensas bufandas, pero todos vestidos con descuido increíble, con el abandono del sabio que desdeña las vanas preocupaciones de la coquetería. El aspecto de tales señores no es precisamente majestuoso; los hay gruesos, flacos, de apergaminado rostro y de cara de luna llena; todos son generalmente calvos, excepto algunos que ostentan largos cabellos como los poetas soñadores. Cuando aparecieron en la sala, entrando por una sola puerta, semejantes á una manada de ovejas, empujándose y yendo á ocupar sus respectivos asientos en medio de indescripti-

ble confusión, un murmullo de estupor se produjo entre el público. Ciertas fisonomías originales, como, por ejemplo, la de un viejecito muy cascado y tan moreno que su rostro parecía el de una figurita de mazapán; y la de un anciano de elevada estatura, cuyos miembros parecían esculpidos á hachazos, hicieron sonreír discretamente á más de una dama. Por último, cada académico ocupó su asiento, los más frioleros cubrieron sus desnudos cráneos con gorritos de seda que sacaron del bolsillo; los valientes se limitaron á levantarse el cuello del gabán, porque la sala estaba fría, á pesar de la aglomeración de gente, y la sesión dió comienzo.

M. Dumas, muy pálido, estaba de pié entre sus dos padrinos, á la derecha de la mesa, y tenía delante, encima del tradicional pupitre, las cuartillas de su discurso. Nada más imponente que este solemne acto, cuando no se tiene la costumbre de hablar en público; pero, en fin, el nuevo académico se decidió, y con voz sorda, y teniendo clavados los ojos en las cuartillas, empezó á leer el discurso sin hacer un ademán ni una parada y balanceándose continuamente. Su acento se fué afirmando

poco á poco, pero su turbación no desapareció un instante. Es verdad que las señoras se lo comían con los ojos y hasta las señoritas tenían los gemelos apuntados hacia él. Yo juraría que M. Dumas en aquellos momentos hubiera dado cualquier cosa porque Mlle. Croisette, que le miraba sonriendo dulcemente, leyese por él.

El análisis completo del discurso de M. Dumas me llevaría demasiado lejos, pues hay que tener en cuenta que la lectura de ese género de trabajos duran generalmente hora y cuarto; por lo tanto, lo resumiré lo más brevemente que pueda.

En primer lugar, el público ha visto con sorpresa que M. Dumas solamente dedicaba á la memoria de su padre las primeras líneas del discurso, pues todo el mundo esperaba oír un amplio estudio acerca del ilustre muerto, y los curiosos se lo prometían como un regalo. En segundo término, ha causado general asombro que el beneficiario haya usado el lenguaje académico, sin permitirse uno solo de los axiomas de excelente gusto que le han hecho célebre. Hizo muy discretamente el elogio de M. Lebrun, el inmortal, ¡ay! muer-

to para siempre, cuyo sillón iba M. Dumas á ocupar. La verdad es que el panegírico de un poeta de quien nadie se ha ocupado mientras vivió, era materia excesivamente ingrata; M. Lebrun, autor de una *María Stuardo*, tomada de Schiller, era, á no dudar, el hombre más probo del mundo; pero su muerte no ha ocasionado á las letras tan irreparable pérdida que sea necesario llorarla muchos años. Por otra parte, ¿qué le importaba al público M. Lebrun? Aquél no se había reunido con el fin de oír hablar de un poeta desconocido para las cuatro quintas partes de los oyentes. Así fué que mientras se trató del muerto, la nota de aburrimiento dominó en la sala; el vivo era quien despertaba interés, y la concurrencia acogía con sonrisas y aplausos especialmente las digresiones del discurso.

Citaré dos de éstas. M. Dumas, haciendo una transición ligeramente forzada, habló de *El Cid* y de la contienda de Corneille con Richelieu. La historia cuenta que el gran Ministro era un poeta perverso y que el éxito ruidoso que obtuvo *El Cid* despertó en él terribles celos, hasta el punto que encargó á la Academia de probar al público lo mal que

había obrado aplaudiendo. Tal proceder es una de las sombras de villanía que la naturaleza deja aun en las almas más elevadas. Pero M. Dumas lo ha alterado todo, impulsado por la necesidad, que constantemente le atormenta, de falsear la humanidad; los hombres, tal como son, no le parecen bien, y trata de componerlos y arreglarlos á su gusto. Según él, Richelieu no pudo dejarse arrastrar por ruines celos y atacó la tragedia de Corneille por patriotismo, pues no quería que el poeta llevara á la escena un héroe español precisamente cuando Francia y España estaban en guerra; además temía que los caballerescos arrebatos de Rodrigo á los piés de Jimena fuesen un mal ejemplo para la nobleza francesa. El nuevo académico tomó esto como punto de partida para sentar una tesis, y no quedó satisfecho hasta que le prestó á Richelieu sus propios pensamientos y hasta su mismo lenguaje. En tal trabajo fué fácil seguir sus habituales procedimientos; M. Dumas, cuando coge un personaje, empieza por despojarlo de cuanto tiene de humano, quitándole las mal llamadas pequeñeces que son forzosa sombra de las grandes cualidades, y después,

cuando ha obtenido el maniquí que deseaba, le atribuye los sueños utópicos de su imaginación.

La otra digresión fué más interesante. Todos sabían de antemano que M. Dumas hablaría del teatro contemporáneo, y esperaban oírle en ese terreno, que es como decir el de sus dominios. No había ocultado á sus amigos que pensaba aprovechar la ocasión para defenderse de la acusación de inmoralidad de que durante mucho tiempo han sido objeto sus dramas. En esta parte de su discurso, el orador se ha limitado á reclamar libertad completa para el autor dramático, diciendo que las sociedades se renuevan incesantemente, y por lo tanto el campo de observación del dramaturgo es infinito, pues á cada momento tiene que presentar nuevos personajes en la escena. «El público—ha dicho con razón—es mucho más severo que los más severos críticos; jamás tolerará una inconveniencia; de él parte una continua censura, ante la cual los más grandes escritores tienen que inclinar la frente.» Después ha respondido en excelentes términos á la acusación de que los jóvenes no pueden ir al teatro á ver ciertas

obras. «Respeto — ha dicho — demasiado á las jóvenes para invitarlas á que oigan todo lo que tengo que decir, y respeto demasiado mi arte para reducirlo á lo que ellas pueden escuchar».

Esta parte del discurso es seguramente la mejor. Se ve que el orador domina completamente el asunto y cuanto dice es como un eco de los célebres prólogos que ha puesto á sus dramas. La mujer es la nota dominante: reina y esclava á un tiempo, necesaria é inútil, peligrosa y eficaz, tan pronto está por el suelo como en un paraíso de beatitud. En Francia hemos tenido otro ejemplo de un escritor poseído del eterno femenino: Michelet, el cual acabó por hacer de la mujer el eje sensual sobre que giraba el mundo. M. Dumas es menos tierno; Michelet se arrojaba ante ellas sollozando, y él se presenta como legislador, como confesor, como enderezador de almas. M. Dumas, según se dice, recibe diariamente en su despacho mujeres que van á abrirle sus corazones, á confesar sus faltas y á pedirle consejos. En los salones vésele á menudo sentado en una butaca y rodeado de triple fila de adorables penitentes que en su compañía forman tribunal de amor. ¿Cómo se debe amar?

¿De qué manera se da pasaporte á un amante que ha llegado á ser fastidioso? ¿Cuál es el medio más seguro para traer á buen camino un marido infiel? Todo esto, por supuesto, en honor de la más estricta moralidad y como lo haría un pontífice que curara corazones enfermos. M. Dumas de este modo ocupa un lugar enorme en nuestra época: es el San Vicente de Paúl de las esposas y de las amantes desgraciadas.

En suma, su discurso ha sido convenientemente aplaudido, aunque á decir verdad el público se esperaba algo mejor. He oído á dos damas calificar ciertos períodos de mal escritos, y semejante juicio me ha llenado de asombro. El público esperaba no sé qué trozos brillantes y de alta fantasía que hicieran época en los fastos de la Academia. Cuando M. Dumas se sentó, después de haber dado cima á su trabajo, me pareció que las enguantadas manecitas de Mlle. Croisette trataban, aunque en vano, de levantar la segunda salva de aplausos, que no tuvo lugar.

Durante cinco minutos sólo se oyó el rumor de los cuchicheos del público, y luego M. d'Haussonville se puso á leer el discurso

de contestación. M. d'Haussonville es un antiguo diplomático que ingresó en la Academia á título de historiador, y que, en efecto, ha escrito varias obras, de las cuales las más importantes son la *Historia de la política extranjera del gobierno francés desde 1830 á 1848* y la *Historia de la incorporación de la Lorena á Francia*. El mencionado señor es un anciano robusto y de elevada estatura que lleva como un atleta sus sesenta y seis años; uno de los caballeros liberales que, en el terreno de la política y de las letras, dan hoy estocadas semejantes á las que en otro tiempo dieron en los campos de batalla; un hombre de mundo de distinguidísimo aire, de los que conservan la tradición del bien hablar y de las correctas formas de nuestros padres. El contraste entre M. Dumas y él era de gran relieve. Dos épocas se contemplaban frente á frente: la antigua Francia con su irónica finura, su dicción elegante y llena de bondad y su familiaridad arrogante, y la Francia de hoy con su brutalidad de acción, su febril facundia y su investigación, que nada respeta. El público, desde que oyó las primeras palabras de M. d'Haussonville, pudo apreciar la

inmensa distancia que separaba á éste de M. Dumas. Aquél, sentado detrás de su bufete, hablaba como si se hallara en sus salones y leía en las cuartillas las frases que dirigía al auditorio, accionando con la mano, con distinción y sobriedad; mientras se expresaba sonreía y se reclinaba en el sillón cual si estuviese conversando, y cuando iba á lanzar alguna frase intencionada, la súbita, maliciosa expresión de su fisonomía hacía que el público lo adivinase antes de oirlo. Ningún orador ha hablado con más sosiego que él. Monsieur d'Haussonville padece una gran sordera, pero no daba muestras de ello; parecía que se escuchaba, y cuando le aplaudían interrumpía el discurso con la mayor oportunidad.

El espectáculo se hizo sumamente interesante mientras el mencionado orador estuvo usando de la palabra, pues los académicos que habían escuchado á M. Dumas con bastante seriedad, como si desconfiaran del flamante colega, al oír á aquél dieron muestras de la satisfacción más viva. El que hablaba era verdaderamente un compañero, y los respetables miembros de la Academia saborea-

ban sus menores frases, como lo hacen las personas delicadas cuando se encuentran en familia. El público mismo, encantado por el amable acento de M. d'Haussonville, le escuchaba con la sonrisa en los labios. Y el orador estuvo, en verdad, de lo más ameno. Su respuesta á M. Dumas, mesurada en la forma, encerraba en el fondo la crítica más punzante. ¿ Mis lectores no encuentran el caso muy chistoso? M. Dumas se ve colmado de gloria; M. Dumas no puede dejar escapar una frase sin que se pasmen todos sus admiradores; M. Dumas desea entrar en la Academia, y ésta le acoge á brazos abiertos; mas he aquí que el solemne día de su recepción, cuando todo el París inteligente acude para verle coronado de inmortalidad, M. Dumas recibe en pleno rostro las más pesadas chanzas que alguien se ha atrevido á arriesgar á propósito de su talento. Sí, M. d'Haussonville ha tenido el valor de decir verdades tales que hubieran hecho caer la pluma de manos de todos nuestros periodistas. La Academia, tan desacreditada y desdeñada, la corporación de inválidos que sirve de tema á los desahogos de ingenio de los principiantes, ha tenido una hora de

valentía digna de encomio. No siento gran afecto hacia la Academia, que me parece una institución caduca y de poca utilidad para las letras; pero confieso que me ha producido una hora de placer el verla más joven, verdaderamente, que todos nosotros.

¿ Mis lectores conocen ironía más fina que la de M. d'Haussonville al tratar, después que lo hizo M. Dumas, la cuestión de la inmoralidad en las letras? M. Dumas se había defendido con cierta complacencia de la acusación de autor inmoral; había insistido en la defensa, como para dejar comprender que la responsabilidad de los atrevimientos que irritaban al vulgo no era suya, sino de su ingenio, y parecía que no le disgustaba conservar sobre la frente algo del esplendor del infierno. Y monsieur d'Haussonville le ha dicho con su gracioso acento: « ¡ Vos inmoral! ¡ Nada menos que eso! Hacéis muy bien en defenderos de semejante acusación. Os creo muy moral, demasiado moral. » ¿ Mis lectores no creen de perlas el que la Academia encuentre demasiado moral á M. Dumas? Pero voy á citar las palabras textuales de M. d'Haussonville: « Vuestro sistema es tan hábil que conseguís ajustar todas

las cosas maravillosamente. Cuanto escribís es y será siempre gratisimo para los espíritus delicados; pero vendrán los imitadores, y temo oírles decir un día como en la sátira de Boileau: *¿Sois partidario de la moral? La hallaréis á cada paso.* No detesto la moral ni me opongo á tomarla á grandes dosis, pero me gusta que me la suministren en tiempo y lugar oportunos; así es, que cuento con vos para que juntos combatamos, en caso de necesidad, contra los poco avisados que, bajo pretexto de innovación, intenten trasladar el púlpito al teatro.» Un hombre no podría decir á otro las verdades más bonitamente. En todo lo que hemos transcrito no hay palabra que tenga desperdicio; porque se sobrentiende que el poco avisado innovador que traslada el sermón á la escena, es precisamente M. Dumas. El orador ha hecho una alusión harto transparente á las últimas obras de aquél, sobre todo á *La mujer de Claudio*. Ya está, pues, juzgado: el terrible autor dramático, cuyas audacias producen ligeros escalofríos á la burguesía, rebosa moralidad. Nada más cierto, nada precisa más el ingenio del escritor; este lo es de sermones, es un observador que ahoga las

verdades que descubre en un pásmoso baturrillo de divagaciones filosóficas.

Dos clases hay de observadores: los que estudian como sabios y los que lo hacen como médicos. Los primeros, por amor á la verdad, estudian hasta las úlceras del hombre, porque encuentran el cuerpo humano asunto digno de ser analizado; les seduce el experimento, y el análisis es su alegría. Los segundos, por el contrario, tienen la pasión de curar; y si se detienen en el examen de una enfermedad moral es para inventar inmediatamente el remedio; aceptan con apresuramiento cualquier diagnóstico, prodigan las recetas y se extravían entre todo género de tesis olvidando el sujeto por amor á la medicina. Balzac formaba parte de los primeros, M. Dumas está entre los segundos.

M. d'Haussonville no ha llegado ciertamente á reprobar el que M. Dumas intente moralizar las masas en el teatro, pero ha determinado claramente el papel que representa el autor dramático, bajo el punto de vista de la influencia que puede ejercer sobre las costumbres. «No creo—ha dicho el orador—que la escena sea escuela de enseñanza pública, lu-

gar á propósito para desarrollar ciertas tesis, por ejemplares que éstas sean, ni sitio en que se pueden provocar ciertas reformas, aunque la utilidad de ellas fuera grande. A riesgo de que se me crea fácil de contentar, me limito á pedir al autor dramático, dejándole por supuesto amplia libertad de medios, que procure salgan los espectadores del teatro en mejor estado de ánimo que entraran. La moral que exijo se reduce á esto.» No es mucho, y á decir verdad nadie esperaba tanta liberalidad literaria de parte de un académico.

Citaré también la respuesta que dió monseur d'Haussonville á la frase en que M. Dumas expuso la conveniencia de que las jóvenes no asistieran al teatro, á fin de que el autor pudiera tratar libremente los asuntos. El orador fué menos prudente en tal ocasión: «Yo—dijo—no aconsejaría á los padres de familia que dejasen de llevar sus hijas á ver las obras de Molière, aunque viéndoles corrieran el riesgo de oír frases un tanto crudas que la gazmoñería ha desterrado del lenguaje moderno. Madres he conocido, que en algunas ocasiones habrían hecho salir á sus hijas de la iglesia, para evitarles que oyesen otras

lecciones que partían de la cátedra del Espíritu Santo. Las encantadoras criaturas que constituyen la alegría y la honra de nuestros hogares, por santas y buenas que sean, es menester que no se eduquen en una atmósfera ficticia.» No se puede pedir más. El académico quiere que las jóvenes vayan al teatro, cuando M. Dumas, el terrible M. Dumas no les permite pasar de la puerta.

El discurso de M. d'Haussonville es todo por el orden de lo que hemos citado, ingenioso y zumbón, y pone de relieve, una por una, todas las opiniones emitidas por M. Dumas; en una palabra, es una crítica implacable. Era de ver cómo el grave historiador, el antiguo diplomático de Luis Felipe se burlaba del tierno afecto que el autor de *La Dama de las Camelias* siente por la mujer en general. Después de recordar sus primeras obras, en las cuales las mujeres vuelven al bien por senderos de flores, añadió:

«Cualquiera diría que la indulgencia no os ha inspirado mucho tiempo confianza para serviros de ella como medio de llevar á buen término la cruzada que habéis emprendido contra los atentados á la fe conyugal. Pare-

céis un legislador que, indignado de que el pueblo no observe sus preceptos, toma la resolución de apoyarlos, puesto que es necesario, con las más severas penas... Todos los medios os parecen buenos para castigar á las esposas infieles. Estas, en lo sucesivo, deberán mirar con desconfianza los lindos puñalitos que á guisa de adorno se ven en las mesas, las pistolas que sus maridos tienen la mala costumbre de llevar en el bolsillo, y las escopetas de sistema moderno, que á veces yacen olvidadas en un rincón; que tiemblen á la idea de la batería de cañones perfeccionados que vos les hacéis entrever en lontananza y que acaso un día sirvan para las ejecuciones generales. Las mujeres que no retrocedan ante tan formidable aparato de moralización, deben de ser de ánimo esforzado.» La sala entera acogía con risas cada una de las citadas frases, pues todo el mundo comprendió que el orador aludía á los desenlaces de *El asunto Clemenceau* y de *La mujer de Claudio*, y la alusión hizo gracia aun á los mismos académicos.

M. d'Haussonville no ha dejado tampoco de emitir su parecer acerca de la leyenda que

M. Dumas había contado al tratar de *El Cid*. Los escrúpulos de Richelieu, condenando á Rodrigo porque éste era español, le hicieron sonreír como poco afortunada invención de autor dramático. La historia no confirma en parte alguna esta nueva versión de una contienda que ha dejado fama. El orador lanzó esta chistosa exclamación: «¿Qué os ha hecho la Jimena de Corneille?» M. d'Haussonville, que había reprochado poco antes á M. Dumas el que éste no pudiera conservar la sangre fría con las mujeres, al llegar á este punto parecía como si quisiera darle á entender con medias palabras, que conocía su papel de consolador de las damas. Le insinuó que se ocupaba demasiado de ellas, que ellas le trastornaban el juicio, y que ellas, en fin, le ponían en un continuo estado febril de ternura ó de cólera que le impedía la clara percepción de las cosas. Todo esto es justísimo, y ha sido dicho con gran tacto y de manera que no pueda ofender. El orador terminó con estas palabras: «Los amores nobles son los que llevan á cabo las nobles acciones; por eso no debéis ser demasiado severo con las Jimenas si por acaso las encontráis. Si hicierais aplaudir en la es-

cena figuras parecidas á aquella, nos causaríais una gran satisfacción, y al mismo tiempo nos haríais un gran servicio. Semejante esfuerzo sería digno de vuestro talento.» De este modo la lección de patriotismo que monsieur Dumas había dado á Corneille, se volvió contra él mismo convertida en lección puramente literaria.

El éxito de M. d'Haussonville ha sido completo. Sus colegas los académicos no dejaban pasar una frase sin subrayarla, y en los rostros de inmortales, arrugados por la edad, aparecía clara la satisfacción que el discurso les producía. Unos abrían la desdentada boca para dejar paso á una risa semejante al chirrido de enmohecidos goznes, y otros movían, bajo las espesas cejas, los ojuelos brillantes y llenos de malicia. El público aplaudía á M. d'Haussonville, como antes á M. Dumas, pero con más calor, y todas las miradas se volvían hacia el último para observarle. El nuevo académico sentía clavados en él todos aquellos ojos que espían las menores contracciones de los músculos de su rostro, soportaba valerosamente la incesante lluvia de acerados epigramas y hasta conseguía sonreír cuando reía

la sala entera. En suma, se ha portado como un valiente. Sin embargo, creo que debió de experimentar una gran satisfacción cuando vió que M. d'Haussonville ponía en la mesa la última cuartilla de su discurso.

La salida se verificó en medio de una confusión espantosa. Los académicos se fueron, como habían entrado, por una puerta del fondo, semejantes á un rebaño que se empuja á la entrada del aprisco. El olimpo del Instituto decididamente no tiene nada imponente. La muchedumbre tardó un buen cuarto de hora en evacuar la sala. Muchos grupos de curiosos esperaban en el muelle que hay junto al puente de las Artes la salida de los personajes notables. La multitud saludó al duque de Aumale. Algunos académicos se retiraban de dos en dos como buenos burgueses que, satisfechos, se encaminan hacia sus casas. M. Dumas y sus dos padrinos, MM. Legouvé y Camillo Doucet, bastante fastidiados con sus uniformes verdes, pasaron en un carruaje. Una hora después algunos papanatas estaban todavía esperando en aquellos parajes, á pesar de que la puerta del Instituto se hallaba cerrada hacía tiempo.

Yo eché á andar despacito á lo largo de los muelles, llevando la cabeza atontada, merced á las tres horas de discurso que acababa de soportar, y los riñones doloridos á causa de que una enorme señora que había estado á mi lado estuvo durante casi toda la sesión recostada sobre mí. Los muelles, paseo verdaderamente delicioso, son anchos y ventilados y tienen grandes aceras, en las cuales el transeunte, entre semana, casi no encuentra con quien codearse. Arriba se ve el cielo, que se extiende de un horizonte á otro, y abajo el Sena, verde y tranquilo, con sus flotantes lavaderos amarrados á la orilla, sus lanchas que los remolcadores ayudan á remontar la corriente y las pilas de maderos que ésta arrastra y que los hombres, en pié sobre ellas, dirigen, sirviéndose al efecto de largas pértigas. Aquel barrio es el más solitario y el más lleno de vida que hay en París, el más vasto y el más íntimo. Conozco poetas que han compuesto, paseando por sus anchas aceras, poemas de tres mil versos.

Iba yo dando vueltas en mi imaginación á todo lo que acababa de oír. La verdad es una cosa terrible en la literatura. Los escritores

no tienen igual certeza que los matemáticos. Un hombre, cuando afirma que «dos y dos son cuatro», está convencido de lo que dice y puede dormir tranquilo; pero la duda es eterna en las letras. Las escuelas se levantan unas enfrente de otras y se echan en cara sus sistemas. Los clásicos, los románticos y los realistas exclaman á una voz que el talento, la verdad y el estilo están de su parte y hay momentos en que no es posible decir quiénes tienen razón. La única base posible es la naturaleza, y podemos tomarla, sin miedo de errar, como medida común. Comparemos una obra con lo que es; preguntémosnos si es verdadera, si reproduce la realidad sin mentiras, y habremos hecho una operación preliminar muy fácil y que establece un punto de partida idéntico para todas las obras. Pero tal operación indudablemente no bastaría para obtener el fin apetecido, porque nos conduciría á exigir fotografías y á creer que la mejor obra fuera la más exacta; conclusión que con frecuencia no es santa. Es, pues, necesario introducir el elemento humano que amplía de una vez el problema y hace que las soluciones sean tan variadas, tan múltiples como cráneos

diferentes existen en la humanidad. He definido en cierta ocasión una obra literaria, diciendo: «Una obra es una parte de la naturaleza vista á través de un temperamento.» Esta definición dista, sin duda, de la certeza matemática; pero en ella tenemos desde luego un medio de crítica que puede prestarnos grandes servicios, impidiendo que nos extraviemos en las divagaciones de una idea preconcebida.

He usado más de una vez de este medio, cuyo empleo es muy fácil. Cuando se trata de examinar una obra, primero es necesario buscar la suma de realidad que contiene; después, sin juzgarla todavía, se procede á estudiar el temperamento que ha sido causa de las desviaciones de la verdad que en la obra se advierten. La mayor ó menor exactitud que en ella haya importa poco, pues sólo es necesario que el espectáculo que ofrece la lucha del escritor aparezca grande. La intensidad con que el autor ve la naturaleza, la manera poderosa cómo la deforma para hacerla ajustarse al molde, y la huella, en fin, que deja en cuanto toca, son la verdadera creación humana, el verdadero sello del genio. Tenemos en Francia un gran poeta, Víctor Hugo, cuyo

espíritu es el más falso y el más amplio que existe; este escritor da tales golpes á la naturaleza, que sale de sus manos contrahecha y colosal, con milagrosa fiebre de vida. Nuestro ilustre pintor Delacroix veía igualmente la naturaleza bajo tres colores dominantes, que eran el rojo, el verde y el amarillo, y estos colores daban á sus cuadros un esplendor mentiroso y extraordinario. He querido indicar con estos dos ejemplos que la realidad sola no me seduce, que tengo en cuenta el esfuerzo humano, lo que el hombre añade á la naturaleza para crearla de nuevo según las leyes de su modo de ser personal. La interpretación continuamente variada de la vida es lo que constituye la reducción eterna de las obras de inauguración. Las creaciones literarias, pasando de siglo en siglo, son siempre nuevas, y sus giros y aspectos son más originales á medida que las sociedades se van transformando más profundamente.

Si aplicamos á las obras de M. Dumas la fórmula: «Una obra es una parte de la naturaleza vista á través de un temperamento», el primer punto que notaremos será que la realidad no ocupa el amplio espacio que al pronto

creímos. Los asuntos son modernos y los personajes pertenecen á la época contemporánea, pero se mueven dentro de un marco por demás estrecho. El autor no sale de ciertas esferas sociales y de ciertos tipos, y por lo tanto, sus reproducciones son reproducción continua de los mismos cuadros. Buscaríamos en vano en sus comedias tipos verdaderos, originales y pintorescos. El único personaje de este género que el referido autor ha intentado, ha sido la madame Guichard, de *Monsieur Alfonso*, que obtuvo mucho éxito y arrancó muchas carcajadas la noche del estreno. M. Dumas no hace excursiones de curioso por la naturaleza humana, yendo hoy á casa de una condesa y mañana á la de un artesano, y aventurándose otro día en el caserón de un barrio sospechoso para visitar las viviendas de las meretrices ó las de los ladrones. Todo lo que escribe puede ocurrir en el mismo salón, con las propias butacas en torno de las paredes é idéntica péndola sobre la chimenea. No repruebo, sin embargo, tanta sencillez y tal unidad de marco; escritores más grandes han encerrado sus obras maestras en espacios semejantes. Bastaría que el mencionado escritor, al evocar su

pequeño pueblo lo hiciera con viva intensidad de forma y de colorido; mas en este punto es donde se toca con la mano su imposibilidad de ser realista.

No solamente sus dominios son estrechos, vagos é inanimados, sino que, además, las criaturas que presenta en la escena viven casi todas una existencia puramente ficticia, y en sus pechos nada humano alienta. Sus mujeres son todas buenas ó todas malas, con la inflexibilidad de silogismos; sus maridos llevan la abnegación hasta la necedad, y la venganza hasta la locura; sus niños hablan como personas mayores, y los personajes secundarios figuran en la acción como simples engranajes necesarios. Jamás hay una condescendencia, nunca una expansión; todo se compone de razonamientos. Los personajes representan el papel de otros tantos argumentos que concurren para formar el alegato general, y por nada del mundo se apartan de la línea recta que siguen. El autor está siempre detrás de ellos con ojo avizor, moviéndolos cual si fueran títeres; hace que agiten los brazos, las piernas y la cabeza, y se identifica de tal modo con ellos, que todos hablan su mismo lenguaje,

imitan el sonido de su voz y reproducen sin cesar las impresiones de su ánimo. Monsieur Dumas no nos presenta ejemplos de la vida ordinaria, sino un carnaval filosófico, en el cual se ven saltar veinte, treinta ó cincuenta pequeños Dumas disfrazados de hombres, de mujeres y de niños con sus correspondientes pelucas, según la edad y condición que representan.

Pasemos á la segunda operación crítica. Me importa poco que el escritor deforme la realidad y la marque con su sello si la presenta curiosamente trabajada y caliente aún con el calor que le han comunicado las manos de que han salido. Nuevo desengaño. Cualquiera, dice hablando de los personajes de Molière: Tartufe, Alceste, Agnés; hablando de los de Balzac: Hulot, Grandet, Goriot, madame Marnette; Beaumarchais ha dejado á Fígaro, y el abate Prevost á Manon. Todos estos escritores han creado hombres, seres que tienen vida propia y de cuya existencia nadie duda; han cogido barro, han formado criaturas á su imagen, y luego un soplo les ha bastado para animar la materia. En esto consiste el sello del genio de que he hablado, en el elemento hu-

mano que los escritores poderosos saben colocar en sus obras; en el arte que transforma lo real infundiéndole bruscamente vida propia.

Desafío á cualquiera á evocar una criatura viviente ante los ojos de la imaginación, nombrando personajes de M. Dumas. Los nombres de éstos no acuden siquiera á la memoria. La dama de las camelias sola, existe, y, sin embargo, es necesario hacer un esfuerzo para recordar que se llama Margarita Gautier. Toda la obra del autor dramático es un fresco gris con figuras deslavazadas, de entre las cuales no se destaca una sola cabeza vigorosa y que tenga más relieve que las otras; parece una procesión de seres que han nacido muertos, de sombras que á penas se distinguen bajo los rectos pliegues de sus vestimentas uniformes. Cuando alguien habla del *Demi-Monde*, la obra maestra de M. Dumas, cita la baronesa d'Auge, no porque ésta sea un dibujo bien concluido, sino porque este personaje ha sido representado por actrices que todo el mundo recuerda cómo hacían ese papel. Nadie cita otros personajes; los hombres, sobre todo, desaparecen entre una especie de neblina, y hasta las sílabas de sus nombres

parecen débiles y fugitivas. Lo propio acontece con las demás comedias del mencionado autor; ninguna ha dejado un tipo vigoroso, un nombre viviente que encarne un ser. Lo expuesto es significativo, y prueba de manera irrefutable que M. Dumas no es un creador, sino un razonador. Su padre, el gran Dumas, á pesar de que el mundo le juzgue hoy inferior por el estilo y la concepción literaria, tenía, por el contrario, manos creadoras de las cuales salieron los Artagnan, los Buridan y los Monte-Cristo, esos colosos de la imaginación. El, el hijo, no es más que un cerebro lleno de humaredas filosóficas; no deja marcadas en los miembros de sus estatuas las huellas de sus manos. En el pequeñísimo espacio real en que se agita, no anima ni engrandece lo que toca.

Temo haberme mostrado severo en demasía cuando sólo he tratado de hacer estricta justicia. Lo que repruebo á M. Dumas, en una palabra, es el que se haya encerrado en la solución de algunos problemas sociales, como el adulterio, por ejemplo, examinándolo en todos sus casos. El mencionado escritor, dejando á un lado el gran drama humano, no ha

visto más que la contienda sexual del hombre y la mujer; esto, á decir verdad, nada malo tendría en sí, si el autor lo hubiera examinado simplemente como analizador, pero ha llevado al asunto preocupaciones de moralista que con frecuencia han falseado sus observaciones. No procede como Molière, que pintaba los vicios y las ridiculeces de la humanidad sin la idea de dar lecciones, y cuyo único deseo era que el parecido resultara exacto; él no hace caso de la exactitud, ó por lo menos, si presenta un vicio ó una ridiculez en el primer acto de una obra es para catequizarlo al punto y que se convierta al llegar al desenlace. El peligro es grande para nuestro teatro, en el cual M. Dumas es hoy omnipotente, pues como ha dicho M. d'Haussonville, los imitadores vendrán. Si tal acontece, tendremos una literatura dramática tan enojosa como llena de excelentes intenciones. El instrumento moderno, el análisis, se convertirá en hisopo. El matrimonio obligatorio del último acto será reemplazado por un cuadro en que aparezca Dios sentando á su diestra á los personajes virtuosos de la comedia y precipitando á los perversos en las calderas infernales. Para evitar que lleguemos

á este género abominable es menester volver á toda costa á las fuentes del clasicismo, al estudio de la naturaleza tal cual es, al drama humano, á la pintura original del vasto mundo. Molière es el gran antepasado que puede libraros del catecismo de M. Dumas.

Y llegué hasta el puente de los Inválidos despacito, y dando vueltas en mi imaginación á las ideas que he expuesto. No, ya no me creía demasiado severo; la duda que un momento se había introducido en mi ánimo, la duda literaria cuyo sordo trabajo ofusca á veces la imaginación hasta el punto de no permitirle formar un juicio, se iba poco á poco disipando para dejar lugar á una gran lucidez. Veía á M. Dumas lejos de la pompa académica, sin uniforme verde y sin inmortalidad, y no leyendo un discurso en medio de una muchedumbre sonriente y con el rostro pálido como el triunfador á quien la emoción ahoga. Le veía tal como yo le había juzgado; un hombre de gran talento que una importancia exagerada ha inflado hasta hacerle ocupar triple espacio que le corresponde. Yo había hecho justicia, y con el ánimo tranquilo volví sobre mis pasos, siguiendo á lo largo de los muelles. El tiempo

estaba templado; las últimas luces del crepúsculo desaparecían en el claro cielo, y abajo, en el Sena, una barcaza, demasiado cargada de carbón, dormía pesadamente sobre las negras aguas.